



AÑO IV

← BARCELONA 7 DE SETIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 193

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



OTRO TIPO DE BELLEZA, cuadro por J. R. Weble

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don Angel R. Chaves.—NUESTROS GRABADOS.—IR POR IANA..., por don Ramon de Novelda.—¡A BARNARSE! por don Márcos Calvo y Bustamante.—ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA (conclusion), por don Félix Rey.—EL ARTE POR EL ARTE, por don Angel R. Chaves.

GRABADOS: OTRO TIPO DE BELLEZA, cuadro por J. R. Wehle.—LA CITA EN EL BOSQUE, cuadro por W. Amberg.—EL GUARDIAN DEL GANADO, cuadro por Max-Lebling.—EL CERCADO AJENO, cuadro por R. Assmus.—JUNTO AL MAR, cuadro por G. Bos.—EN HUNGRIA.—LA TORTUGA BUFTRE.—EL SUPLICIO DE UNOS TÁNTALOS, cuadro por S. Dadd.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: RETRATO DE LA MADRE DE REMBRANDT.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Geógrafos y diplomáticos.—El patriotismo y el buen vino.—Los sucesores de Francisco Estéban.—Golillas y guardias civiles.—Los Quijotes del bandolerismo.—Una doncella andante.—El fin de tanta poesía.—Papel y música.—Congreso antropológico-criminal en Roma.—Un huésped que se va y la tranquilidad que vuelve.

La gran preocupacion en estos momentos es la resolucion del conflicto internacional. Hace un mes estaban en desconsoladora minoría los españoles lo bastante instruidos para saber que una confusa sucesion de puntitos que figuran en las cartas geográficas al Este de las Filipinas y al Sur de las Marianas designan un archipiélago cuyas más importantes islas fueron descubiertas por compatriotas nuestros en el siglo XVI, en aquel período de la historia, en que no parecia sino que el destino se empeñaba en depararnos por todas partes trozos de tierra que más tarde habíamos de ir perdiendo casi con tanta prisa como la que nos dimos para conquistarlos. Para mí tengo que á no ser por un letercillo que abarcándolos en toda su extension dice *Archipiélago Carolino*, más de cuatro hubieran creído que aquello, mejor que producto de la sabia mano que trazó el mapa, era inconveniencia de las moscas que cansadas de recorrer meridianos y paralelos habian detenido allí su fatigosa marcha.

Lo que sin disputa desconocia el comun de las gentes era que aquellas tierras, restos del colosal poder que en mares y continentes tuvimos un día, nos pertenecia aún. Necesario ha sido escuchar que en ellas se iba á enarbolar la bandera alemana para que recordáramos que si las templadas brisas de aquellos mares no agitaban la nuestra, era pura y simplemente porque nuestros gobiernos no habian creído necesario patentizar un derecho que nadie habia puesto jamás en duda.

Hoy la reaccion ha venido y ha venido con toda la vehemencia de que somos capaces los pueblos del medio día. Si ayer pocos conocian la existencia de esas islas y ménos aun sabian una palabra de nuestras relaciones internacionales, hoy todos somos consumados geógrafos y habilísimos diplomáticos. Hay quien habla de las condiciones topográficas y climatológicas de las Carolinas como si toda su vida se la hubiera pasado en ellas, y no faltan políticos de café y estadistas de esquina que lo mismo hacen declaraciones de guerra y ultiman alianzas con el mismísimo Gran Turco, que si se bebieran un vaso de agua. Es decir, todavía con más facilidad hacen lo primero, porque si del cristalino líquido que producen el *Lozoya* y la Fuente del Berro no todos se atreven á beber sin haberle hecho hervir para que perezcan á fuego lento las bacterias, del patriotismo libamos siempre sin precaucion y sin medida. Y no hay que olvidar una cosa, que á esta sublime virtud de los pueblos le sucede lo que al buen vino; tomado con prudencia, vigoriza y entona; abusando de él, sólo consigue trastornar la más segura cabeza.

* * *

Nuestro proverbial arrojo y osadía por una parte, por otra la afición á aquella *vita bona* que con tanta holgura disfrutaran los Guzman de Alfarache, Monipodios, Estebanillo Gonzalez, y otros no ménos famosos pícaros de su calaña, llegaron á crear un tipo, mal perseguido siempre por las justicias, bien celebrado por el pueblo y del que con mal acuerdo llegó hasta á hacerse héroe de una literatura decadente que empañó el lustre de los metros que celebraron las nobles hazañas de Bernardos y Cides, cantando los desafueros y tropelías de guapos, tales como Francisco Estéban y otros personajes cuyo verdadero pedestal de gloria estaba en los escalones de una horca.

Quizá esta misma aureola de fama contribuyó no poco á hacer del bandido de nuestro accidentado suelo un como á modo de ejemplar aparte de los de su especie. En él de tal modo se mezclaban y confundian los actos de bárbara crueldad con los rasgos de generosidad y desprendimiento, que motivos hay para dudar algunas veces si al lanzarse á aquella vida llena de peligros y temeridades más obedecian á arrebatos de una sangre mal avenida con los sosiegos de un honrado trabajo, que no á perversidad ó codicia de un alma corrompida.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que á tal apogeo llegó tan *respectable* clase, que no era raro saber que tal ó cual renombrado capitán de ladrones capitulaba bajo honrosísimas condiciones con las autoridades, ni lo era tampoco ver paseándose en las más populosas ciudades algun famoso héroe de los ántes apuntados, que gozaba tranquilamente de los fueros de un indulto conquistado, no con burlas y engaños, sino á fuerza de audacia y osadía. Mas ¡ay! como todo es precedero en este misero pla-

neta, llegó un día en que aquel placentero modo de vivir se hizo imposible. Poco ántes de tocar á su comedio el presente siglo se creó ese benemérito y nunca bien celebrado cuerpo de la Guardia Civil y á costa de su cuello comprendieron aquellos caballeros andantes que tenían por Dulcinea toda bolsa bien guarnecida de peluconas, que su existencia llegaría á ser muy en breve un verdadero anacronismo.

Los que con tanta facilidad habian derrotado ó corrompido verdaderos ejércitos de corchetes y alguaciles, temblaron como la hoja en el árbol á la presencia de un tricornio. En breve puede decirse que de tanta pasada hazaña no quedó otra memoria que los no siempre armoniosos versos de jácaras y romances.

Sin embargo, hay una tendencia en la humanidad á resucitar lo antiguo, que á las veces nos hace olvidar el medio en que vivimos. De aquí sin disputa ha dimanado que así como el hidalgo manchego se empeñó en volver á poner en vigor la andante caballería cuando ya era imposible copiar á Esplandianes y Amadises, á Palmerines y Felixmarte de Hircania, en épocas recientes hemos tenido imitadores de José María y Jaime el barbudo.

El último ejemplar de la especie vive aún. Los campos del término de Velez Málaga están siendo teatro de las hazañas guapezas de Melgares y su cuadrilla, que hace pocos días se ha visto precisado á librar campal batalla con sus perseguidores en el llamado Cortijo de Galvez.

En esta tentativa el triunfo ha sido suyo. De los tres guardias que se disponian á capturarle, uno ha muerto gloriosamente cumpliendo con su deber; los otros han quedado heridos gravemente despues de una heroica lucha. Melgares, aprovechando esta ventaja, ha conseguido huir. Para que nada falte á dar el color legendario tan del caso en episodios de esta naturaleza, se dice que con ellos habia una andariega doncella que tambien ha logrado escaparse.

¡Lástima grande que tales heroicidades resulten fuera de época! En otros días no faltarian gentes que se interesarán por la suerte del denodado campeón. Hoy todos esperamos con calma el desenlace de la aventura. No tardaremos mucho en saber que á tanto valor y tan poética gallardía ha puesto término esa prosaica máquina que se llama el garrote.

* * *

El papel, esa pasta cuya invencion se supone debida á los árabes, representa uno importantísimo en la historia del progreso moderno. Si la imprenta no le hubiera encontrado descubierto hubiera tenido que inventarle, ó de lo contrario la vertiginosa rapidez del artificio ideado por Guttenberg, Faust y Schœffer se hubiera detenido en la mitad de su carrera.

Para las acabadas copias que pacienzudos frailes se entretenian en orlar de primorosas miniaturas bastaba que se sacrificaran unos cuantos carneros que inconscientemente abandonaban la piel, no ya en el altar de las efímeras deidades del paganismo, sino en el ara de esa otra divinidad impercedera que se llama humano saber. Pero cuando á la forzosa lenidad del copista sucedió la calenturienta velocidad de un mecanismo que con incansable afan vomitaba á miles los ejemplares, ¿qué pieles hubieran bastado aunque para convertirlas en pergaminos y vitelas se hubieran curtido las de todos los ganados de la tierra?

El papel es indudablemente uno de los más modestos, pero más seguros vehículos de la civilizacion. Suprimidle, y el telégrafo mismo, ese conductor casi tan veloz como el pensamiento, se encontraría con la dificultad de los medios de trasmision. Dejados sin papel un mes siquiera y eso que se apelida opinion pública habria desaparecido. Hoy no puede producirse faltándole la palanca de la prensa periódica y en ella, sin género alguno de duda, la materia primera es el papel.

Y despues de esto, ¿á cuántos usos supérfluos y necesarios no se le ha destinado? Desde el modesto cigarrillo al confort de nuestras casas, el papel representa al mismo tiempo un lujo y una economía. Sin el librito del caballo ó de la pantera, ó careceríamos de la sabrosa costumbre de fumar ó tendríamos todos que entregarnos al despilfarro del cigarro puro. Sin el baratísimo papel estampado, ó las paredes de nuestras habitaciones mostrarían al desnudo la caliza costra del enlucido ó tendríamos que cubrirles de la rica tapicería ó de la costosa pintura mural.

Ahora bien, si hasta aquí se ha mantenido dentro de los límites que le marcaba su mision, la fiebre de los inventos que devora á nuestro siglo se empeña en sacarle de su esfera. En Paris se construyen en la actualidad pianos en que lo mismo el teclado que la caja están hechos de papel comprimido.

A lo que se dice, las voces son excelentes, aunque no muy fuertes; no tienen los sonidos duros y breves del piano comun, sino dulces y prolongados, lo cual consiste en la calidad homogénea y compacta de la materia de construccion.

Hasta ahora sólo se han fabricado dos pianos de esta clase. Uno de ellos está en Paris: el otro ha sido comprado por el duque de Devonshire. Si el invento se propaga, los fabricantes de papel anunciarán los productos de su industria, diciendo: «Se hace papel para escribir, para todo género de impresiones y para la construccion de pianos.»

* * *

El congreso antropológico-criminal que muy en breve

ha de celebrarse en Roma ofrecerá una particularidad digna de estudio. Hasta hace algun tiempo las exposiciones sólo habian tenido por objeto mostrar á los ojos de curiosos é inteligentes obras artísticas que pusieran de manifiesto el desarrollo alcanzado por la pintura, la escultura ó la ornamentacion en un periodo determinado. Despues vinieron esas obras de carácter puramente científico en que se ofrecian á la observacion las deformidades producidas en nuestro organismo por la infinita variedad de enfermedades á que está sujeto. Hoy por último, empezando á comprender que la criminalidad no es tal vez otra cosa que una dolencia moral á la que quizá contribuya no poco la configuracion de ciertos órganos, se ha pensado en agrupar y clasificar los que pueden ser preciosos documentos para estudiar los orígenes y desarrollo del crimen.

En la Exposicion del congreso de Roma figurarán más de 700 cráneos, y cerca de 8,000 fotografías de criminales y hasta 150 cerebros preparados con arreglo á un moderno sistema. Además habrá un álbum conteniendo curiosísimas observaciones acerca de 500 delincuentes, y con objeto de que se pueda relacionar la parte física con la intelectual, estarán en ella agrupados cuantos autógrafos, dibujos é instrumentos hayan podido adquirirse, salidos de manos de criminales más ó ménos célebres.

Todo esto unido á las curiosas estadísticas y los razonados cuadros sinópticos que se verán por doquiera, demostrarán cuánto pueden influir en la criminalidad las condiciones meteorológicas, de alimentacion, de educacion y hasta las instituciones mismas que rigen á los diversos pueblos de Europa.

Lo único que es de lamentar es que allí los expositores no sean los mismos interesados. Si fuera así, tal vez se diera el caso de que algun individuo, ganoso de alcanzar una primera medalla ó el premio de honor, enviara su propio cráneo como muestra de sus excepcionales predisposiciones al asesinato.

* * *

El cólera parece que amaina un tanto la furia de que venia animado. Todavía en determinadas localidades su terrible azote se deja sentir con desoladora insistencia, pero en la totalidad de la península la epidemia decrece de un modo visible.

Motivos hay para esperar que el temido huésped del Ganges sea ya un viajero que se dispone á emprender su viaje de retorno. Esto hace que la confianza renazca un tanto en nuestros acongojados pechos; pero la verdad es que aún nos queda un fundado temor. Mientras hace el equipaje, de su maleta se siguen escapando microbios y bacterias, y ¿qué individuo está seguro que alguno de estos recuerdos de despedida no va dirigido á él?

ANGEL R. CHAVES

NUESTROS GRABADOS

OTRO TIPO DE BELLEZA, cuadro por J. R. Wehle

Nuestros acostumbrados lectores y los de las más célebres *Ilustraciones* europeas, habrán echado de ver la tendencia de los más hábiles artistas hácia la manifestacion de la belleza física de la mujer, que ha dado lugar á diversas obras realmente notables. Tanto y tan bueno se ha producido en este género que, á celebrarse con esas obras algo parecido al Juicio de Paris, la eleccion habia de ser dudosa si no imposible.

Dios nos libre de haber de adjudicar el premio de la hermosura, si todas esas hermosas jóvenes pestañearan, como se dice vulgarmente; sin embargo, es indudable que á los ojos de toda persona sensata, aquella mujer es más hermosa que, á la perfeccion de sus líneas, une la expresion de un alma angelical. En este supuesto el tipo de Wehle que hoy publicamos, es un precioso y armónico conjunto de la hermosura del cuerpo y de la bondad del alma. Su belleza no es la belleza varonil de Judith que priva de la vida á su amante de una sola noche, ni es la belleza sensual de Herodías que exige la cabeza del Bautista por precio de una lasciva danza. Es, por el contrario, la belleza de Ruth y de Raquel, admirable como la de las vírgenes del coro celeste; belleza muda para los sentidos, cuyos efectos repercuten en el corazon, sin que la materia bastardee el amor purísimo que engendran.

A una mujer así se la ama como aman los niños y como aman los ángeles.

LA CITA EN EL BOSQUE, cuadro por W. Amberg

La barrera que separa á los dos amantes es bien débil: por fortuna el galan parece respetuoso y honesta la dama. Sin embargo, para ocasiones de esta naturaleza se dijo lo del fuego y la estopa y el diablo que sopla.

Tiene este cuadro buenas condiciones: hay en el bosque frondosidad y ambiente: las figuras están dibujadas con acierto y el todo causa impresion agradable.

EL GUARDIAN DEL GANADO, cuadro por Max-Lebling

El enemigo ha penetrado en el corral, y ovejas y gallinas, sobrecogidas de espanto, huyen del zorro que se dispone á causar en el rebaño terrible carnicería. El pastor ha sido pillado en flagrante delito de descuido; pero las presuntas víctimas encuentran un defensor más vigilante,

más decidido, más bravo, que ha empeñado una lucha á muerte y hará ejemplar justicia con el bandido de cuatro piés.

El autor de este cuadro ha copiado bien el natural y ha agrupado convenientemente á los animales. Los luchadores pelean con el debido coraje y hay en la composicion vida, movimiento y naturalidad.

EL CERCADO AJENO, cuadro por R. Assmus

Valiente desengaño lleva el caballero... Pensó quizás descansar de un fatigoso viaje en la próxima alquería de un amigo; saboreaba de antemano los apetitosos manjares y los rancios vinos escanciados por la blanca mano de una dama tan bella como discreta; y en lugar de todo ello tropieza con una cerca rústica que le cierra el paso y con una moza, casi tan rústica como la cerca, que le dice muy tranquilamente:—Los amos han partido....

El partido en dos, ó en tres, es nuestro caballero.

Este lienzo no tiene pretensiones, pero está ejecutado con facilidad y cariño.

JUNTO AL MAR, cuadro por G. Bos

Todo está en calma: ni una nube en el cielo, ni una ola en el agua, ni la más leve brisa en la atmósfera... Es la hora del medio día, durante la cual, aún más que á la de media noche, la naturaleza parece detener su movimiento, como si el rudo trabajo que viene haciendo desde el primer día del mundo, la impusiera unos instantes de descanso.

Todo es silencio: el mar no tiene más rumores que si fuese un lago; los pájaros han interrumpido su vuelo, las gaviotas chillonas no hien den el espacio, hasta los insectos se han recogido en las entrañas de la tierra, como si temiesen que el apenas perceptible rumor de su pesada carrera, interrumpiese la quietud profunda de nuestro planeta, que á su vez parece haber suspendido sus evoluciones.

Esta tranquilidad, este reposo, han inspirado á Bos el cuadro que publicamos en este número, de composicion sencilla, pero palpitante de verdad. En medio del silencio que reina en la naturaleza, nos parece estar oyendo la voz de esa jóven y linda lectora... ¡Cuán agradable es, para las almas sensibles, á semejante hora y en semejante sitio, elevar el pensamiento á lo infinito, siguiendo al poeta en el viaje fantástico hácia el mundo de las ilusiones!..

EN HUNGRÍA

Hungría ha sido, durante muchos años, una porcion de Europa sometida al yugo del más fuerte. Como Polonia, como el Veneto, sus hijos han tenido que devorar muchos ultrajes y aperebirse á muchas venganzas.

No tiene nada de particular, por lo tanto, que cuando el artista se inspira en escenas húngaras, la forma de la inspiracion resulte triste, porque en Hungría se ha llorado tanto que hasta el rocío de la mañana, al desprenderse de los árboles y de las plantas, hubiera podido ser tomado por el llanto de la naturaleza á la vista de las desdichas de un pueblo digno de mejor suerte.

Representa nuestro cuadro la despedida de un matrimonio campesino, cuya mujer se dirige al mercado para vender su mejor propiedad en provecho del opresor de la patria. La escena es sencilla; el asunto está tratado con parquedad de medios deslumbradores; pero rebosa sentimiento y el patético que ha dominado en el autor se trasmite directamente á los que contemplan el lienzo.

LA TORTUGA BUITRE

En el *aquarium* de Berlin es de ver un ejemplar de ese animal extraordinario que, por lo raro y por lo feo, parece haberse escapado de uno de esos cuadros caprichosos que representan las tentaciones de San Antonio.

Por su concha pertenece sin duda á la especie de los caparáceos; pero las garras verdaderamente formidables de que están provistas sus cuatro patas, le han valido su segundo nombre y analogía con los carniceros. Es anfibio en su manera de vivir y de lo más feo que ha producido la naturaleza. Su tamaño comun es de un metro largo y cincuenta centímetros el ancho de su concha; procede de los Estados Unidos, en cuyos rios y pantanos se alberga, limpiándolos de peces y ranas que son su comida favorita. Su aclimatacion en Europa es muy difícil y su utilidad muy discutible, pues únicamente cuando son muy jóvenes es apetecida la carne de esas tortugas por algunos gastrónomos indígenas.

Aun cuando no es animal temible para el hombre, tampoco es prudente excitar su cólera desde una distancia en que pueda hacer presa, pues su instinto es fiero y sus armas peligrosas.

A su vista se entusiasma el naturalista; pero á la generalidad de los mortales les inspira tan sólo horror y asco.

EL SUPPLICIO DE UNOS TÁNTALOS, cuadro por S. T. Dadd

Se nos figura que el autor de este cuadro cuenta demasiado con la honradez de esos perros, sometidos á una terrible prueba, de la cual no todos los humanos saldrían bien librados. Ese magnífico pernil, engrasado por hábil cocinero y sometido á la benéfica accion de un fuego dispuesto con matemática experiencia, ha de producir en los tres canes del lienzo un efecto digno de los dantescos castigos infernales.

Al grato olor del sabroso guiso, han acudido tres inteligentes narices, y si el pernil no es devorado en un santiamén por los susodichos perros, confiamos ingenuamen-

te que los instintos naturales han perdido una buena parte de su efecto sobre los cuadrúpedos. ¿Será que los de nuestro cuadro comprendan las leyes indiscutibles del deber, que lo mismo alcanzan á los hombres bien nacidos que á los perros bien criados?... ¿O será, quizás, que á nuestros héroes se les haya alcanzado algo de la moral de cierto drama y aspiren filosóficamente al título de locos ó de santos?... ¿O será, y es lo más probable, que el calor del pernil, despues que ha chamuscado la lengua del más atrevido, haya contenido los impulsos de esos tres bandidos disfrazados de perros decentes?...

Difícil es la resolucio n del problema; más difícil que asegurar, como aseguramos, que el autor del cuadro entiende, casi por igual, de perros y de pintura.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO DE LA MADRE DE REMBRANDT

El retrato de la madre de Rembrandt, hecho por este célebre pintor, es una de las joyas del Museo del Ermitorio en San Petersburgo; y aunque sólo podamos apreciar esta obra por su reproduccion mediante el grabado, llama desde luégo la atencion por su carácter, por lo vigoroso de sus tonos y por su sencillez. ¡Qué talento artístico se necesita para dar á una simple cabeza tanta grandeza y para producir tan poderoso efecto! ¡Dichosas las madres cuyos hijos han podido dotarlas de cierta inmortalidad, á pesar de su vida oscura y modesta, y dichosos los hijos que emplean su genio en legar á la posteridad el retrato de la que les ha dado el sér al mismo tiempo que una obra maestra!

IR POR LANA

I

Todo el mundo desea tener y si no las tiene, ostentar cualidades que le faltan, haciendo caso omiso, la mayor parte de las veces, de las que verdaderamente posee. Los que no son poetas sudan tinta por hacer versos y se mueren por publicarlos ó recitarlos. Los más refractarios al arte escénico pretenden lucirse en los teatros caseros; sólo los plebeyos hablan de *grifos*, *soportes* ó de campos *sinoples*, y pocos notoriamente ricos se cubren de diamantes más ó menos americanos. De esta ley de la humanidad, ó mejor dicho, de la sociedad, provenia el que todos los enanos adorasen á los tambores mayores (cuando los habia).

El banquero Ruiz sufria el influjo de esta manía casi general. Apenas acaparó los primeros tres millones, desdeñó sus cualidades financieras, y se creyó artista y gran señor hasta la médula de los huesos. A medida que iba creciendo su fortuna, aumentaban sus deseos de parecer persona principal y linajuda y despues de haber hecho edificar un palacio de yeso, lleno de molduras de escayola, trató de darle la entonacion literaria y artística exigida en todas las épocas, y mucho más en la actual, á los potentados de la tierra.

Tapices que querian ser antiguos, arneses del tiempo de las cruzadas, fabricados en alguna armería del Rastro; libros raros, tan raros que nadie los conoce ni los ha leído nunca; porcelanas que podian muy bien haber salido de la fábrica de la Cartuja; nada omitió el bueno del banquero, á fin de que los revisteros de los salones hablasen de sus gustos artísticos y de las maravillas de su mansion señorial.

Cuando se vió rodeado de todos aquellos objetos, creyóse efectivamente hombre superior y sólo hablaba de poesía, artes y filosofía, mostrando verdadero desden hácia las empresas y jugadas bursátiles ó comerciales, en las que era sin disputa una notabilidad.

A fuerza de ostentar las cualidades que no tenia, concluyó por persuadirse á sí mismo de que no era el lujo y la moda el móvil que le habia impulsado, al amalgamar tantas cosas preciosas, sino el gusto, el instinto, la pasion.

Era el Don Quijote de la literatura y de las artes.

Residia generalmente en Valladolid y pretendia ser el Salamanca de la localidad. Como el banquero de Madrid compró para su esparcimiento y recreo la posesion de Vista Alegre, el banquero Ruiz echó el ojo á un castillo desmantelado, perteneciente á un título arruinado y derrochador, y no paró hasta hacerse dueño de la mansion señorial que está situada á dos leguas de aquella ciudad, y es conocida con el nombre de *Castillo de las Veletas*, porque tiene cinco. Restauró las torres ruinosas, trasformó la extensa huerta en jardin, puso sobre el porton el escudo de armas de los Ruiz, que estaba compuesto de una encina en campo de *sotuer*, ó séase amarillo como alusion á la paja. Y hechas todas estas cosas creyó el banquero vallisoletano que no le faltaba ninguna de las filigranas de la distincion.

Una sola contrariedad nublaba el risueño horizonte de su existencia. Habia en Valladolid otro banquero llamado Ranz que brillaba tambien por su buen gusto y ostentacion.

Sólo Ranz podia competir con Ruiz; sólo Ruiz preocupaba á Ranz; así es que habia una hostilidad, velada bajo las más exquisitas formas, entre Ruiz y Ranz.

Pero indudablemente Ruiz era superior; lo que él afirmaba; «la naturaleza me ha hecho poeta y artista y únicamente el *fatum*, como decian los antiguos, ha podido sumirme en la prosa de los negocios.»

Estos tipos, poseidos de una manía saliente, son más numerosos en las provincias que en la capital.

Ruiz era viudo y tenia una hija única que se habia educado en las Salesas Reales de Madrid y á la cual su padre sacó del convento poco despues de cumplir los diez y siete años, trayéndola á su lado á Valladolid.

II

Una tarde del mes de julio, apenas hubo llegado el telégrama de la cotizacion de la Bolsa de la corte, un jóven entró en el despacho del banquero; y como es el galan jóven de esta historia, me veo obligado á decir cuatro palabras acerca de él.

Tenia buena figura y una fisonomía agradable y expresiva; sus ojos, aunque no grandes, eran vivos é inteligentes; sus labios demasiado finos para hombre; su nariz algo aguileña, y habia en todos sus ademanes gracia y soltura.

Se llamaba Joaquin Morales, era natural de Cáceres y tenia un deje extremeño que le favorecia mucho. Antes de entrar de tenedor de libros y sotacajero en casa del banquero Ruiz, habia estado tres ó cuatro años en una de comercio en Madrid.

Vestia con gusto, como exigia su edad de 25 años.

No hallando en el despacho á su principal, miró á través de los cristales de una ventana, y le vió en el patio despidiendo á su émulo y compañero el banquero Ranz.

Súbito se abrió una puerta y se presentó á medias en el umbral una jovencita rubia, muy linda, que tenia todo el aspecto de un ratoncito temeroso.

—¡Joaquin!—dijo en voz muy baja.

—¡Chit!

—¿Has hablado á mi padre?

—Está abajo.

—¿De modo que no has hecho nada?

—Es verdad, pero en cambio he pensado mucho.

—¿En qué?

—¡Picarilla!

—No vayas á hacerte un lio cuando hables á papá.

—No temas. Aquí está. Vete.

—¡Joaquin!

—¡Rosario!

—Una palabra...

—Dí.

—No, dí tú.

—¡Te amo!

La jóven cerró la puerta al oír las pisadas de su padre. El banquero entró con aire grave y viendo á su dependiente, dijo:

—¿Me traes la cotizacion de hoy? Es inútil, dáselas á don Ignacio. No obstante, le echaré una ojeada.

Joaquin alargó la cotizacion al banquero y aguardó.

—¿Tienes algo que decirme?—preguntó éste.

—Sí señor.

—¿Alguna queja?

—No señor. En fin, hágame V. el favor de oirme: es cosa breve.

—¡Vaya hombre! Estás agitado. Yo tengo gran instinto, instinto de artista; me parece que adivino...

—Quizá.

—Tú estás enamorado, ¿eh?

—Como un loco.

—¡Bravo, hombre! El amor es la poesía; me muero por estas cosas. ¿Quieres casarte, acudes á mí? Nada más natural. ¿Quién es ella?

—Una maravilla.

—Lo supongo. ¿Te corresponde?

—Tiene una dote de millones. ¡Y yo soy tan pobre!

—¡Matrimonio desigual! Pero si ella te quiere... ¿Me pides consejo? ¿Qué he de decirte yo, sino que haces muy bien? No todo ha de ser prosa, cálculo, avaricia: ya conoces mis ideas.

—¿De modo que V. aprueba?...

—¿Pues no he de aprobar, hombre? ¿Por quién me tomas? Deja á los de crépitos la conveniencia, la lógica, el positivismo: eres jóven é inteligente y debes elevarte. Arte, amor, libertad: hé aquí la verdadera trilogía. En fin, te repito que si amas, obtengas á toda costa: la aspiracion es sagrada, el astro busca infaliblemente su conjuncion. No cesaré de decírtelo, de impulsarte, de sostenerte para que no caigas del hipogrifo alado á la tierra. ¡Basta de trabas, de rutinas! En este siglo todas las cimas deben ser accesibles... En fin, ya conoces mis ideas.

—Sí señor.

—Sabes como pienso. Hay cosas que me electrizan, que me consuelan de este mundo de los negocios. He nacido poeta, artista; no consentiré que te atrofies como yo en el marasmo de los miramientos sociales. Si algun influjo ejerzo en tí, si tu aspiracion está basada en el amor, cástate y cástate pronto: cuenta conmigo.

—Lo haré el día que V. elija.

—Eso no me atañe. Tu adorada tendrá padres, parientes. Si quieres te acompañaré, te escudaré con mi respetabilidad. Vamos á verlos.

—No hay necesidad, querido principal; mi amada no tiene más que padre, y este padre es usted.

—¡Yo!

—Sí.

—¿Con que yo?

—Usted mismo.

—¿Amas á Rosario?

—Sí señor.

—¿Tú?

—Yo, sí.

III

—¿Con que amas á mi hija? Pero si no tienes un céntimo, amigo mio, y ella... Vamos, estás loco... Déjame que te examine el cráneo, porque debe haber en él alguna lesion orgánica; quizá te has dado un golpe sin sentirlo... Vaya, querido, permíteme que me ria.

RAMON DE NOVELDA

(Continuará)

¡Á BAÑARSE!

(ARTÍCULO DE VERANO)

—Es necesario arreglar el mundo...

Un lector.—Efectivamente; el mundo está muy perdido, y si Dios no lo remedia...

Advierto al lector que la señora marquesa de Agua-Tibia, que en este momento tiene la palabra, no se mete en filosofías.

La señora Marquesa es lo bastante desocupada para que no le importe un ardite el desquiciamiento del globo terráqueo, con tal de que á ella no alcance el cataclismo.

Sólo hay una calamidad, ante cuya perspectiva tiembla y se desvanece la señora Marquesa; parecer *cursi*... Lo *cursi* la horripila, la anonada, la pone fuera de sí, y preferiría cien veces toda una eternidad de tormentos á un segundo de *cursilería*.

Para la señora Marquesa lo *cursi* varía con las estaciones; en el invierno, por ejemplo, es no tener abono en el Teatro Real; en el verano no ir á baños. ¡No ir á baños!..

Esto es incomprendible, verdaderamente incomprendible. La señora Marquesa se devana muchas veces los sesos, pensando qué hará toda *esa gente* que se queda en Madrid durante la época estival. ¡Qué hará!... Asarse, señora Marquesa, asarse como castañas. Yo certifico.

* *

La señora Marquesa es buena y sencillota, hasta la pared de enfrente. Vedla en este momento dando órdenes á sus numerosos criados con librea de cangrejo cocido, corriendo de un lado para otro con ratonil vivacidad, disponiéndolo todo, inspeccionándolo todo, no olvidando ninguno de esos pequeños y enojosos detalles, de esos preparativos que preceden á una larga excursion...



LA CITA EN EL BOSQUE, cuadro por W. Amberg

Como mujer, doña Eduvigis es inapreciable; como Marquesa... Nadie reconocería á través del ampuloso título á la que años atrás se llamaba simplemente la *Boticaria*... ¡Ya lo he dicho!... La señora Marquesa no gusta de estos recuerdos; se pone nerviosa cuando algun indis-

creto comete la inconveniencia de traer á colacion aquellos dias en que su noble esposo, farmacéutico, vendia la botica y algunas tierras, se trasladaba á Madrid, jugaba á la Bolsa, hacia un empréstito al Gobierno y recibia de éste, como recompensa de tan inverosímil patriotismo, un título nobiliario.

La señora Marquesa odia estos recuerdos; los considera insípidos, innecesarios, de mal tono, y hasta *cursi*; casi tanto como el no ir á Biarritz y á la Suiza.

Corramos, pues, un velo; ¿á qué molestar á doña Eduvigis?

* *

El señor Marqués habia nacido para boticario, pero el boticario no habia nacido para Marqués.

Su centro de actividad era el mortero.

Nuevo Adam, déjese seducir por Eva, ya trastornada por el demonio de la vanidad.

Eva lo trajo á Madrid; Eva lo metió en la Bolsa, en la política... ¡en el infierno! como decia con ocurrence desesperacion el señor Marqués.

Eva lo llevó á los bailes y á los teatros, cuando su opresion de pecho y su asma no le permitian respirar la atmósfera viciada de los coliseos y de los salones.

Eva le condujo tambien á baños, cuando su reuma no podia soportar de ningun modo la humedad.

Eva, en fin, lo arruinó.

Y Eva, la señora Marquesa se entiende, que tanto odiaba la *cursilería*, vino á caer sin saberlo, en lo más *cursi* que se conoce.

¡No tenia dinero!

* *

—Es necesario arreglar el mundo,—decia la señora Marquesa en el momento en que la presentamos á nuestros lectores.—Es necesario ir por mi sombrero, casa de la modista, casa del perfumista, á esta parte, á la otra, á la de más allá...

Y las libreas encarnadas como pimienta de la Rioja, iban de un lado para otro, se cruzaban en todas direcciones, se multiplicaban, prontas á cumplir las órdenes de la *superioridad*.

El señor Marqués, sin previo convenio, sin quitarse el sombrero siquiera, entró en el gabinete.



EL GUARDIAN DEL GANADO, cuadro por Max-Lebling

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



RETRATO DE LA MADRE DE REMBRANDT, HECHO POR ESTE CÉLEBRE PINTOR

(CONSERVASE EN EL MUSEO DEL «ERMITAGE» EN SAN PETERSBURGO)

Y era que el boticario no renunciaba á sus derechos.

Luégo, encarándose con su esposa, exclamó:

—¿Qué es esto, Eduvigis?... ¿Te has vuelto loca?

—¿No nos vamos esta tarde?

—Tienes razon. Nos vamos... al pueblo, á ver si mi sucesor me admite de dependiente en la que fué mi botica...

Doña Eduvigis cayó desplomada en una butaca, aplastando una caja de abanicos.

—¡Marqués!—gritó con voz ronca.

—Déjate de marquesados, y vamos al asunto.

—Pero los baños...

—¿Y con qué dinero? ¿No sabes que estoy arruinado?... Hoy he recibido en la Bolsa el último golpe, toda mi fortuna, todo cuanto poseía... ¿Quién sino tú me ha metido en estos líos?...

—Pero las de López que van á Caute-rets.

—Buen provecho les haga.

—Y la del Bombo á Arcachon...

—Que se diviertan.

—¿Qué dirán!...

—Me importa poco.

—¡A mí no, Marqués!..

—¡Basta!

—¿Es decir que no salimos?...

—Sí, salimos esta misma noche, para... Extremadura.

—¡Renunciar á los baños!...

—Nada de eso. Todavía conservamos allí una huerta con su magnífica balsa, donde muy holgadamente pueden zambullirse todos los personajes del almanaque de Gotha.

**

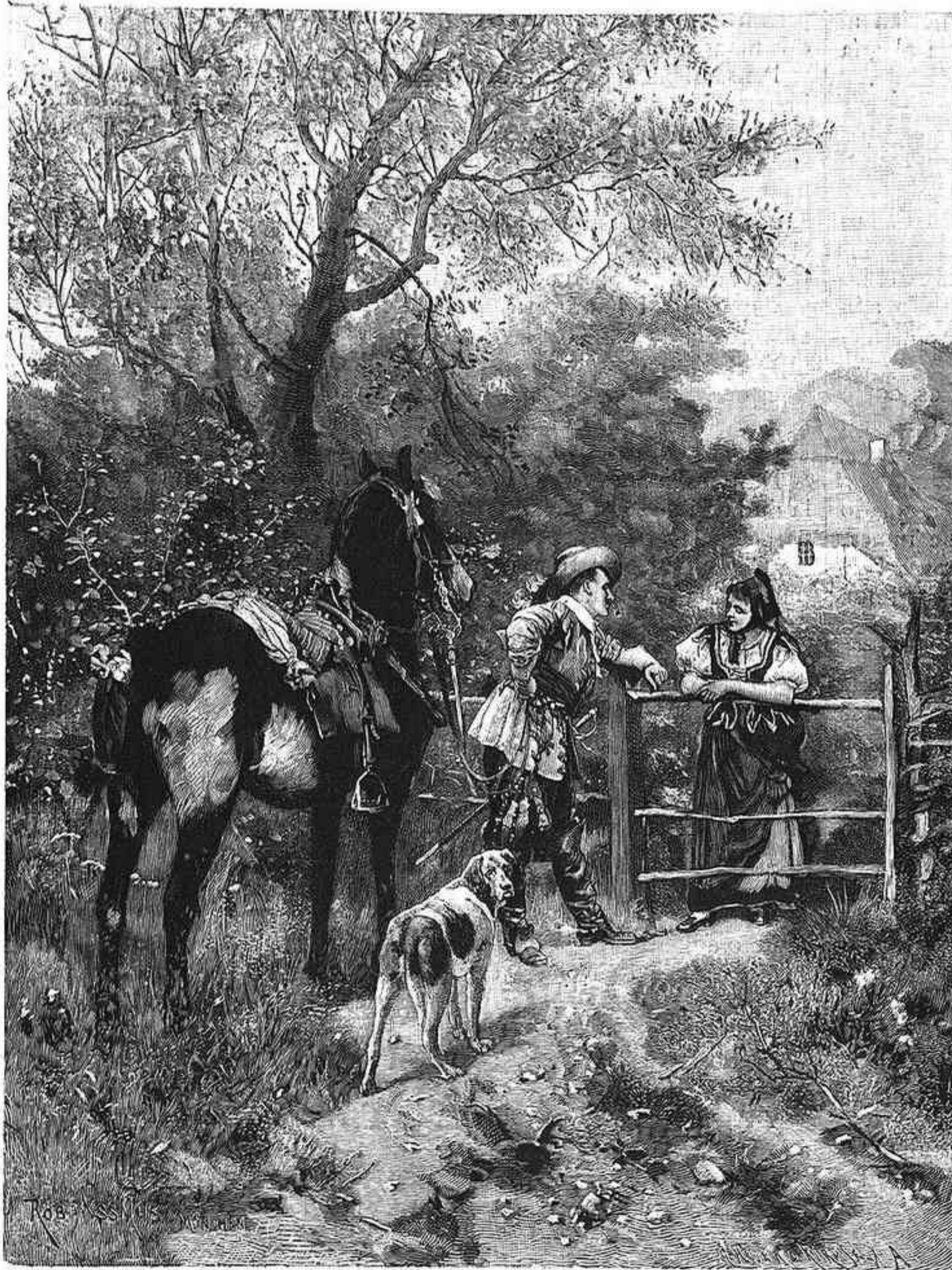
Y al otro dia decian las tarjetas profusamente repartidas por Madrid:

«Los señores marqueses de Agua-Tibia se despiden para Suiza.»

—¡Qué caprichosa es la Marquesa!—decia leyendo el pedazo de cartulina *un amigo de la casa*.—Ahora se le ha puesto en la cabeza ver el *Simplon*.

—Pues excusaba el viaje,—contestó otro amigo por el estilo de los de Benito.—¿Tiene más que mirar á su esposo?

**



EL CERCADO AJENO, cuadro por R. Assmus

Este artículo es una verdadera venganza. En secreto puedo decir que envidio y aplaudo á todo el que en esta época abandona la corte, para que los asilados de San Bernardino y los cesantes puedan ahogarse á sus anchas, y coger tabardillos é insolaciones sin que nadie les

moleste. ¡Hombres felices!... ¡Hombres sabios que, huyendo de la quema, buscáis playas deliciosas y atmósfera refrigerante, que sumergís vuestros cuerpos en San Sebastian, en *Eaux-Bonnes*, *Luchon* ó *Vichy*, que regaláis vuestros pulmones con el ambiente perfumado de la Suiza, y vuestros ojos con la perspectiva del *Mont-Blanc* ó del *San Gotardo*!... Yo os venero, os admiro, os abrazaría de buena gana... si pudiera hacer lo mismo que vosotros.

Pero entre tanto, me vengo de vuestra dicha escribiendo artículos *disolventes*.

Es lo ménos que puede hacer uno que se va á bañar... ¡en tina!

MÁRCOS CALVO Y BUSTAMANTE

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

(Conclusion)

Irene ausente, la puerta abierta, aquella música, el hogar apagándose demostraba estar abandonado hacia largo rato; todo se presentó á la imaginacion de Andrés, cuyos ojos lanzaron una mirada horrible y cuyo rostro contrajo con un gesto trágico.

Eran celos que con su luz siniestra abultaban todo aquel conjunto de circunstancias extrañas.

Todo fué de una rapidez instantánea. Al volverse para mirar al rededor vió á la puerta á Irene, que le sonreía con la infame gracia de la felicidad inocente, y su boca sonrosada se abria para dar la bienvenida á su esposo.

Habia tanta candidez, tan ingenua alegría en aquel semblante, que Andrés no pudo ménos de sentir una reaccion súbita en sus sentimientos.

—¿Dónde estabas?—preguntó.

—Me he dormido, y no sabiendo qué hora era, he salido á ver si te veía volver y por una piedra para el hogar.

Era una explicacion natural y sencilla.

¿Y el sonido del violin? No era extraño que pobres muchachos saboyanos atravesasen las montañas en la triste *Odisea* de su miseria, para ir á ganar la vida recorriendo el mundo y destrozando los oídos del prójimo.

Andrés cenó sombrío y se acostó silencioso. Pero



JUNTO AL MAR, cuadro por G. Bos

después de una noche inquieta, las nieblas que la duda había amontonado en su imaginación desaparecían al resplandor del sol del nuevo día, ante la ingenua alegría de su esposa y merced á las dulces caricias de su hijo.

VI

A veces las desgracias se anuncian.

Son indicaciones vagas y extrañas á que no damos importancia, y sin embargo, son infalibles.

Parecen á los relámpagos lejanos que brillan al extremo del horizonte, precursores de la tormenta, cuando aún el cielo está sereno; ó á las notas discordes de la sinfonía, cuando aún el teatro está vacío.

Andrés desechó aquellos pensamientos celosos, como una preocupación injustificada y culpable de que casi tenía remordimientos.

Es más: por una reacción nerviosa muy natural, después de la inmotivada tristeza que le había asediado aquella tarde, se sintió más alegre, más feliz que nunca, y como una expiación de aquellas ofensivas sospechas, nunca le pareció que había amado tanto á Irene, ni que era tan digna de ser amada como en los días que siguieron á aquel.

Porque pasaron tres, tres días en que la vida aislada y tranquila de aquella familia perdida en la soledad no se alteró en lo más mínimo, siguió monótona y feliz como hasta entonces.

Pero al cuarto día un suceso insignificante, pequeño, como todos los que deciden de nuestro porvenir, perturbó de nuevo aquella felicidad y aquella calma.

Había Andrés abandonado su choza al salir el sol, según su costumbre, y pocas horas después perseguía á una gacela que tenía su madriguera al lado de un torrente. Un paso en falso le hizo escurrirse y cayó en el agua.

El contratiempo no era grande; pero la pólvora se había mojado y no había medio de continuar la caza. Así, le fué preciso volver atrás, y, contra su costumbre, volver á su casa á hora desusada.

¿Qué remedio, si siempre sucede así? ¿si siempre que un marido engañado ha de descubrir su deshonra, la fatalidad lo lleva por la mano á sorprender al seductor?

Irene estaba sentada delante de la puerta; Andrés la vió de lejos mucho antes de llegar; parecía no apercibirse de la presencia de su marido hasta que oyó de cerca sus pisadas.

Entonces se levantó y le preguntó la causa de su impensada vuelta.

Después le dijo:

—Entra: hay un forastero.

Andrés miró al interior.

Un muchacho como de veinte años, miserablemente vestido, estaba comiendo, sentado en el arcon dando la espalda á la puerta. Delante tenía un violín envuelto en una funda de hule.

Andrés sintió erizarse sus cabellos. Le pareció que aquel violín sonaba como él le había oído pocas noches antes.

Cuando se apercibió de su presencia, el violinista se levantó. Parecía muy avergonzado, y con un marcado acento extranjero se disculpó bastante torpemente por haber hecho alto en la cabaña del cazador.

—Estaba rendido,—añadió,—y además me había extraviado completamente. He visto de lejos esta casa y me he acercado para preguntar mi camino. Acabo de llegar y estaba comiendo un bocado, después de haber pedido permiso á la señora.

Los cumplimientos no fueron muy expresivos. La confusión del uno y los temores del otro los repelían mutuamente.

El viajero siguió comiendo, y Andrés, fingiendo hallarse cansado, se acostó y cerró los ojos como si durmiera.

A poco rato el muchacho guardó los restos de su comida en el sucio zurrón, cuyas cintas ató: después se puso en pié, se echó el zurrón á la espalda, cogió el violín debajo del brazo, arrojó á Andrés, que permanecía inmóvil, una mirada de desconfianza, y salió.

Entonces el cazador se incorporó y prestó oído.

El acento extranjero del violinista se oyó preguntando á Irene su camino. La voz tranquila de esta le indicaba la senda que más rectamente conducía al próximo valle. Ni en sus palabras ni en sus acentos había nada extraño ni sospechoso.

Se despidieron con igual naturalidad. Irene entró. Su mirada límpida sostuvo sin pestañear la profunda é investigadora de Andrés.

Este cogió de nuevo su escopeta y salió á su vez.

Fuera intención deliberada, fuera impulso inconsciente de sus pensamientos sombríos, ello es que siguió una dirección paralela al camino que conducía al valle.

A poco rato divisó en un claro que dejaba ver la senda á bastante distancia por debajo del sitio en que él estaba al extranjero, con su morral y su violín, que apoyado en su bastón, caminaba con el paso lento del hombre cansado.

Andrés le miró fijamente y de tal modo, que si las miradas pudieran sentirse, aquel hombre hubiera vuelto la cabeza.

Después el cazador llevó la mano derecha á la llave de su escopeta como para montarla, pero se detuvo y quedó inmóvil.

Entre tanto, el músico siguió andando reposado y tranquilo, y bien ajeno al peligro que acababa de correr, desapareció tras de unos árboles.

Entonces un desfallecimiento pareció apoderarse de

Andrés, que dejó la escopeta en el suelo, y se sentó, una pierna extendida, sujeta la otra por la rodilla, con las dos manos cruzadas é inclinada la cabeza sobre el pecho.

Pensamientos encontrados, ilusiones y sospechas, trababan en su imaginación esa horrible lucha en que la duda y la fe se disputan la victoria.

Sus antiguas sospechas renacían; los hechos de aquella noche en que su corazón leal le había avisado del peligro se abultaban, combinándose con los que acababan de tener lugar.

No había duda; Irene le engañaba. No era la primera vez que aquel hombre atravesaba el dintel de su casa, albergue hasta su llegada de una felicidad tan pura.

Y el grito de despedida de esta felicidad que para siempre había huido de su morada, habían sido aquellas notas del violín, que el viento había traído á su oído con un acento tan patético.

Después la fe se rehacía, y combatiendo siempre contra la duda en aquella lucha que se libraba en su cerebro, parecía vencerla.

¿Cómo dudar de Irene? ¿Cómo en aquel corazón tan puro podía haber tan odioso delito? Su mirada tan inocente y candorosa como cuando era niña ¿podía mentir? No; aquellas sospechas eran una ofensa y un crimen. Por otra parte, ¿en qué se fundaban? En nada positivo. Aquella música lejana podía ser producida por algún otro muchacho vagabundo que atravesase también las montañas y que sorprendido por la oscuridad, medio muerto de miedo en aquellas soledades, tocaba su violín para acallar con sus sonidos los ruidos pavorosos de la noche. Lo que acababa de pasar tampoco tenía nada de extraño. ¿No los había visto indiferentes, ella sentada á la puerta, él comiendo sobre el arca?

Pero aquella música que cuatro días antes había oído volvía á sonar dentro de él, y como si hubiera sido un cántico de guerra que en aquel combate que continuaba á cada momento más encarnizado, hubiese animado el valor de la duda, esta volvía á conquistar el terreno perdido.

Y Andrés siguió pensando así:—Pero cuando yo volvía á la cabaña, ellos pudieron verme de muy lejos, y yo á ellos no, porque el sol que me daba en los ojos me cegaba, y tuvieron tiempo de colocarse como los he encontrado.

De este modo siguió pensando, inmóvil, en la misma postura, presa de sentimientos diversos, sin poder llegar ni á una afirmación, ni á una negación.

Y pasaron horas y más horas, y aquel combate que en su interior habían trabado la duda y la fe continuó reñido y encarnizado, sin grandes ventajas para una otra parte.

Y cuando ya muy caída la tarde se dirigía á su choza, cada uno de los combatientes se había retirado á su campo, y la victoria había quedado indecisa.

VII

El resultado de aquellas vacilaciones fué que Andrés se decidiera á disimular y á esperar.

No esperó largo tiempo.

Como el fingimiento era tan impropio de su carácter, procuró estar aún menos tiempo que el de costumbre al lado de su mujer, con objeto de ocultar el estado de su ánimo.

A la mañana siguiente salió, pues, con el alba. Todo el día estuvo recorriendo los alrededores, ú oculto tras de las peñas y los matorrales, sin perder de vista la puerta de la choza.

Desde allí vió á Irene que salía, entraba, remendaba su ropa, paseaba el niño al sol, ó le mecía sobre su falda. Después salió entornando la puerta, y se alejó por una senda que seguía dirección opuesta á la que conducía al valle. A pesar de esto, el corazón de Andrés se agitó con violencia.

Pero Irene volvió á poco trayendo porción de leña seca en el delantal. El día pasó sin más incidentes.

Andrés volvió á su cabaña. Todo estaba como en otro tiempo; el niño le abrazó, Irene le recibió con su inocente é ingenua mirada.

El corazón de Andrés se ensanchó; estuvo menos sombrío, las nubes de su alma comenzaron á disiparse, y por un momento la alegría volvió á reinar en aquel hogar en que antes había tenido su trono.

Al otro día sin embargo, Andrés resolvió observar todavía, salió á la misma hora, y dando un rodeo se colocó en un sitio desde donde podía ver sin ser visto.

Era al borde de una sima, que se hundía peñascosa y profunda como la boca del abismo. La mirada no podía descubrir el fondo, que se perdía en densas sombras. Malezas y matorrales la rodeaban, y por el lado en que estaba Andrés, un grupo de arbustos de retorcidos troncos se inclinaban sobre el borde. Desde allí se veía la choza.

Pasaba el tiempo lento y pausado sin que Irene saliese, pero al fin se la vió aparecer sobre el dintel; anduvo algunos pasos y al llegar al principio del camino del valle, se puso la mano delante de los ojos como una pantalla y miró; después volvió á entrar.

A poco repitió la misma operación, y luego otra vez. Parecía esperar á alguien que tardaba.

Andrés sudaba y al mismo tiempo temblaba de frío, y su boca estaba seca como si tuviera calentura.

Por fin la cuarta vez, después de mirar largo rato, Irene vió sin duda lo que esperaba, porque comenzó á agitar sus brazos como dando la bienvenida á alguien que llegaba.

En efecto, á poco, un hombre apareció.

Era el violinista, el extranjero; el mismo con su aire de cansancio, su traje harapiento, su zurrón á la espalda, su bastón en la mano y su violín debajo del brazo.

Se acercó á Irene, que parecía contenta y feliz, con la misma expresión en el rostro con que tantas veces había recibido á su marido.

Ambos amantes se cogieron las manos como dándose la bienvenida, y acercando sus rostros se dieron un beso.

Lo que pasó en el alma de Andrés no puede describirse: se enderezó dando un rugido, y apretó la escopeta.

Desde donde él estaba hasta donde estaban ellos, había la distancia de un tiro de bala, y su ojo experto de cazador era certero.

En tanto el músico había pasado el brazo al rededor del talle de Irene, y ambos se dirigieron á la puerta de la choza. En aquel momento Andrés los veía completamente de frente. Se echó la escopeta á la cara y apuntó con calma y cuidado.

Sonó el tiro.

El músico se desasí de Irene y dió un paso atrás, se llevó ambas manos á lo alto del pecho, casi junto á la garganta, vaciló y por último cayó de espaldas.

El más espantoso terror se pintó entonces en las actitudes de Irene. Extendió los brazos, miró al rededor suyo, al vacío, á todas partes, sin saber adónde, dió dos pasos hacia la casa, luego retrocedió, y por último, como si venciese en ella el amor al terror, cayó de rodillas junto á su amante moribundo.

Entonces Andrés, lívido, pero tranquilo, adelantó su pié izquierdo apoyándole en una rama que avanzaba sobre la sima, y con el otro tiro que le quedaba hizo fuego. Irene cayó.

Al verla caer, Andrés abrió los brazos y soltó la escopeta. Al mismo tiempo la rama en que se apoyaba se tronchó. Por un impulso instintivo quiso echarse atrás; pero ya era tarde.

Su cuerpo, desgajando las ramas y haciendo crujir las hojas, se hundió en aquel abismo.

VIII

Si la presencia de Andrés había sido en otro tiempo objeto de comentarios en las aldeas, no lo fué menos su ausencia.

Pasó todo un invierno, el interminable invierno de aquellos valles, sin tener noticias, y su desaparición misteriosa confirmó las opiniones recibidas respecto á él.

Después comenzaron á circular siniestros rumores de restos humanos hallados cerca de la choza; evidentes señales de crímenes horribles que crispaban los nervios, que hacían morir de terror, y que parecían dar á las sombras en las cocinas en que de esto se hablaba, formas extrañas y movimientos pavorosos.

Y una tarde por último, varios chicos armados de perchas, corrian con estrépito por la ribera del río, hinchado por el deshielo, y trataban de apoderarse de un objeto extraño que arrastraba la corriente.

Cuando lo cogieron, su posesión fué causa de riñas y combates, de pescozones y de pedradas.

Era la caja, medio destrozada y sin cuerdas de un violín.

FÉLIX REY

EL ARTE POR EL ARTE

I

El sitio había estado tan bien elegido, que era punto menos que imposible que nadie me hubiera visto. El golpe había sido tan certero que mi víctima no pudo lanzar ni el más débil gemido. Más aún, lo agudo del arma y la fuerza de mi brazo habían producido una de esas heridas en que no se vierte una gota de sangre. Ni una mancha, ni esas huellas que en el traje ó en la persona deja siempre la lucha podía delatarme. Sólo me faltaba hacer desaparecer el cadáver y por fortuna contaba para ello con tres elementos importantes: una sangre fría imperturbable, todo el tiempo que quisiera tomarme y el río que corría á mis piés y que precisamente por aquella parte tenía una profundidad á que no alcanzaba ninguna sonda.

Yo, que lo tenía todo previsto, al atar al cadáver la pesada piedra que había de llevarle al fondo, lo hice con una cuerda que llevaba de intento y que en vez de estar tejida de cáñamo lo estaba de sutilísimos alambres. Mi objeto era que en ella la acción de las aguas fuera tan lenta, que antes de romperse, el cuerpo de mi víctima completamente putrefacto no pudiera subir á la superficie mas que en tan ligerísimos fragmentos que imposible fuera sospechar su procedencia.

Todo lo hice como lo tenía pensado. Abrigaba la completa seguridad de que mis manos no temblarían, y con efecto no temblaron. Con un nudo de una solidez inquebrantable quedó sujeta la piedra á las partes óseas del cuerpo, el cual arrastré con un vigor que nadie hubiera sospechado en mí. Poco después, la rizada espalda de aquel río que traía á mi mente el recuerdo de todos los idilios de mi juventud, se abrió con una especie de gemido fúnebre, una serie de círculos concéntricos turbó algunos segundos la tranquilidad de la corriente y luego todo volvió á quedar en perfecta calma. Mi pulso mismo no revelaba otra alteración que la consiguiente al esfuerzo físico que acababa de hacer.

Verdad es que yo estaba satisfecho. La prueba de ello es

que nunca como aquella tarde he gozado con los encantos de la naturaleza. El dulce piar de los pájaros llamando á sus hijos de la dulce paz del nido; el manso susurro de las hojas pezosamente agitadas por el viento; la estridente canturia del grillo que desde los trigos parecia responder al no menos desapacible gemido de la rana que zambullia su antipático cuerpo en el légamo de la alberca; la voz áspera del labriego que á lo léjos se oia estimulando la pesada marcha de sus bueyes; todo, en fin, despertaba en mi alma una placidez y un contento de que pocas veces habia disfrutado.

Era indudablemente el estado de ánimo del artista que ha llevado á feliz término su obra. Porque yo no habia realizado aquel crimen ni por odio, ni por venganza, ni por codicia, ni por ninguno de esos ruines móviles que llevan al hombre á cometer actos de que, las más de las veces, no tarda en arrepentirse. Mi mano se habia movido como la del pintor que arranca de la paleta los colores para trasladarlos al lienzo, porque una fuerza superior, la fuerza de su concepcion, le arrastra á ello.

II

Desde los primeros años de mi adolescencia una aficion irresistible á la lectura me habia hecho olvidar todo otro estudio. La novela en cuanto tiene de real, la historia en lo que tiene de novelesco, producian en mí una fiebre insaciable que no se apagaba jamás. Como el hidrópico devora vasos y vasos de agua, así devoraba yo volúmenes y más volúmenes sin verme satisfecho nunca.

Pero, lo confieso, ni las dulzuras del idilio, ni las grandezas de la epopeya lograban conmovirme. Mi género predilecto, el único género que yo admitia, era ese que se dedica á honrar reales ó ficticios crímenes. En el terreno de la fantasía Gaborian me electrizaba. En la vida real, los héroes que hacian latir mi pecho de entusiasmo eran Cartouche y José María, Laccenaire y Candelas, Troppman y los Siete niños de Ecija.

Y sin embargo, lo mismo en la novela que en la historia, encontraba pequeñas las figuras. Aquellos maestros que en los mejor meditados crímenes dejaban siempre un cabo suelto del que más tarde ó más temprano se apoderaba álguien, me daban lástima. Yo me sentia superior á ellos; mi arte encontraba resortes desconocidos... Si yo quisiera indudablemente los eclipsaria.

Esta idea brotó en mi mente como todos los pensamientos que se salen de lo vulgar. Primero fué una sombra confusa, despues se fué haciendo luminosa, al cabo llegó á ser como una obsesion de mi espíritu que me robaba el sueño y la tranquilidad. La lectura, léjos de calmarme, lo que hacia era añadir leña al fuego. Por fin comprendí que aquello era una especie de mision que me tocaba cumplir sobre la tierra, y aceptándola, todo lo subordiné á ella.

No puedo decir que escogí la víctima; la casualidad fué la que me la deparó. Ni odio ni compasion sentia hacia ella. ¿Piensa acaso el naturalista en los tormentos que sufrirá el reptil cuando le clave el escalpelo? En lo que yo pensaba era en que el asesinato resultara un modelo en su género. Nada de recursos rebuscados y violentos. La difícil facilidad, supremo secreto del arte, era lo que yo buscaba y lo encontré.

Por no ser prolijo omito aquí las mil circunstancias que tuve en cuenta. Creo que la sucinta narracion que he hecho al principio de cómo perpetré el asesinato, basta para dejar comprender que habia realizado cuanto soñaba. Mi obra era una verdadera obra maestra en la que se veia el sello del genio subordinado á la inflexible lógica del más frio cálculo, y yo estaba contento de mí, tan contento que aquella noche me entregué por completo á lo que pudiera llamarse una ruidosa orgía psíquica.

Ahito de satisfaccion, borracho de orgullo, despues de



EN HUNGRÍA

haber saboreado todas las voluptuosidades de la pasion satisfecha, caí por fin en el lecho. Cuando mis párpados se cerraban me parecia asistir en vida á las más grande apoteosis que han presenciado los siglos.

III

Mi sueño, sin embargo, fué breve como un soplo. Apenas habia empezado á gozar del reparador descanso, una idea penosa me despertó sobresaltado. ¿Era el recordimiento? Nada ménos que eso. El torcedor que, como el buitre á Prometeo, comenzaba á roerme las entrañas, era muy otro. Mis transportes de entusiasmo no me habian dejado ver que me encontraba en situacion parecida á la del escultor que despues de haber superado en pureza de líneas á Fidias y á Praxiteles, en fantasía á Juan Goujon y Felipe de Borgoña, se viera precisado á enterrar su estatua cien codos debajo de la tierra.

Si por el pronto me habia bastado la íntima satisfaccion de mi triunfo, entónces aquello me parecia poco.

Sentia comezon de contárselo á todo el mundo; hubiera querido tener cien bocas para erigirme en heraldo de mi propia fama, y no obstante comprendia la dificultad que tal cosa me ofrecia. Hablar, era convertirme en ese hilo suelto que nadie más que yo habia tenido el talento de cortar á cercen.

Semejante pensamiento, aferrado á mi cerebro como un círculo de hierro candente, me producía un tormento mil veces más horrible que la muerte. Aquellas largas noches de insomnio, aquellos dias de una inquietud indecible, me hacian comprender que no podia vivir así y que era forzoso buscar una transaccion.

La transaccion no pudo ser más sencilla. Me quedaba el recurso de dar publicidad al hecho capital dejando en secreto los caminos que me habian llevado á él. Con decir: «Fulano de tal ha sido asesinado tal dia, en tal sitio y á tal hora y el asesino soy yo,» mi triunfo se haria patente á los ojos de todos, desde el momento en que por más pesquisas que se practicaran no se pudiera averiguar nada, absolutamente nada más que lo revelado por mí.

Una vez aceptado este partido, no titubeé más, me presenté en casa del Juez de primera instancia y despues de sostener una animada conversacion sobre diversos puntos, le hice mi declaracion en toda regla.

IV

Pintar la sorpresa con que el digno magistrado acogió mis palabras, asunto es para plumas mejor cortadas que la mia. Mis acrisolados antecedentes de honradez, la justa fama que mi carácter bondadoso hasta el exceso me habia granjeado, hacia tan inverosímil el hecho que aca-

baba de declarar, que nada tiene de extraño me costara gran trabajo ser creído. Sólo despues de inauditos esfuerzos se decidió el juez á dictar auto de prision contra mí.

El que recuerde haber distraído los ocios de su infancia con un juego que consiste en esconder un objeto é ir diciendo á los encargados de buscarle *frio ó caliente* segun se alejan ó se acercan á él, ese podría tener una idea aproximada de lo que fué mi extraño proceso. Yo, complaciéndome en hacer una indicacion cualquiera, parecia poner sobre la pista al tribunal; pero se interrogaban testigos, se buscaban pruebas y lo único sólido que aparecia siempre era mi propia confesion.

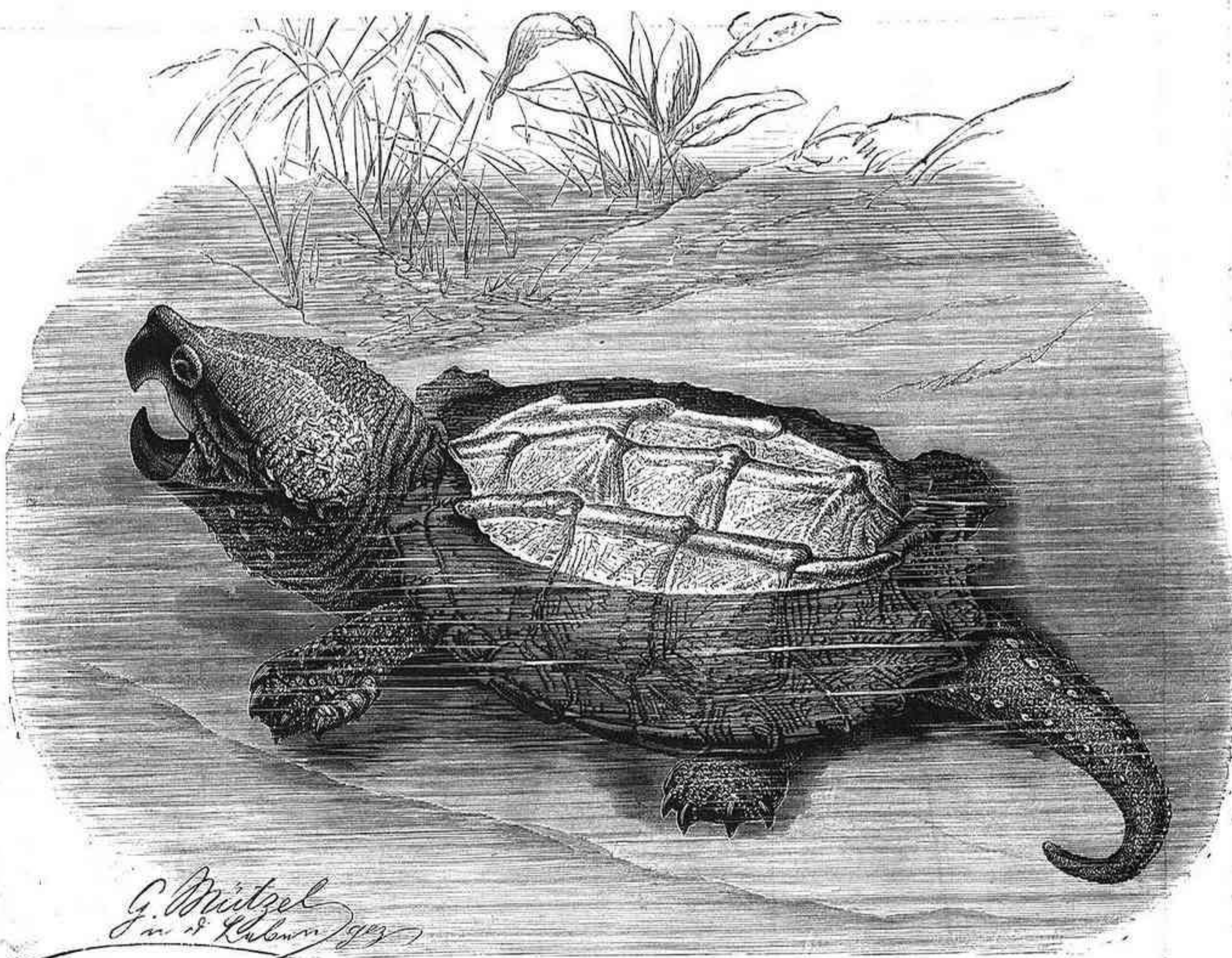
Llegó un momento en que hasta sospecho que hubiera bastado una retractacion mia para darme por absuelto. Mas ¡ay! los que tal pensaban no me conocian. Antes que pronunciarla, ántes que poner mi firma al pié de ella, me hubiera arrancado cien veces la lengua, hubiera cortado á cercen mi mano.

Que me condenaran á muerte ó se contentaran con imponerme unos cuantos años de presidio, eso era para mí lo de ménos. Lo demás era ver mi nombre en todos los periódicos; saber que del inusitado acontecimiento se ocupaba en lugar preferente la prensa de España y del extranjero y que no habia rincón del mundo á que no hubiera llegado el eco de aquel crimen singular.

Por desdicha mia, cuando me encontraba en el pináculo, el sol de mi gloria se anubló de repente; el pedestal á que me habia encaramado cayó de un soplo; y de mi fama no quedó más que el asunto de unas cuantas gacetillas insustanciales y de media docena de chistes groseros.

penalidades, me queda una satisfacción, satisfaccion intima, de que no puedo hacer partícipe á nadie, pero no por eso ménos legitima. El crimen se habia realizado con tanta habilidad que ni á mí mismo me es dado probarle.

ANGEL R. CHAVES



LA TORTUGA BUITRE

Un dia el escribano entró en mi calabozo y mirándome con una sonrisa mitad burlona, mitad compasiva, me leyó un papel del que sólo entendí una cosa: que se *sobrescía mi causa por falta de motivo para mi procesamiento*.

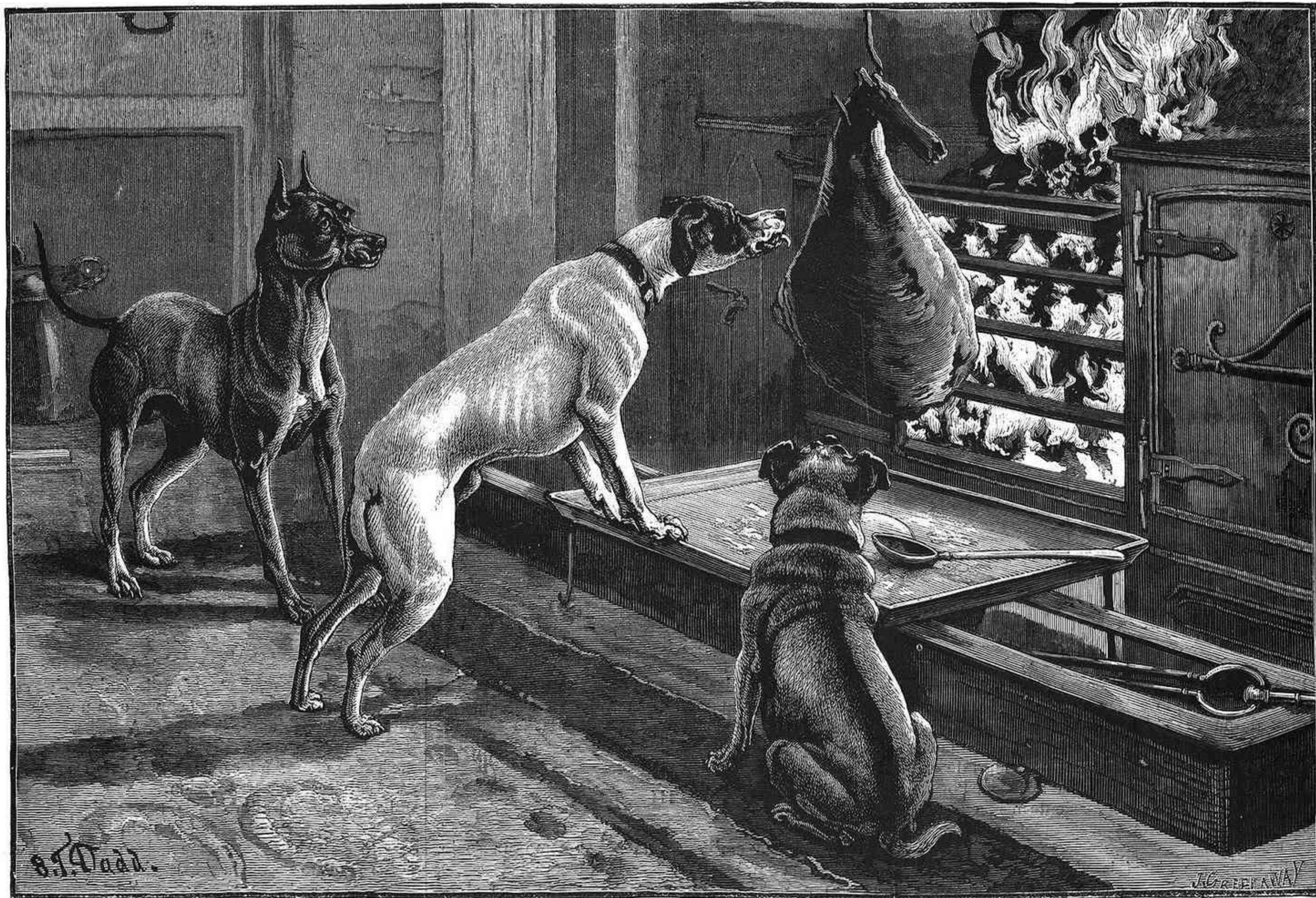
A lo que entendí más tarde, la clave de tan extraño acuerdo era un exhorto recien llegado de Nueva York, en el que escrupulosamente identificada la personalidad de mi víctima, resultaba vivir allí gozando de la más perfecta salud.

V

¿Se me preguntará cómo era esto posible? No puedo decirlo. Es mi secreto. Baste saber que yo tenia la completa seguridad de mi crimen y que aquel incidente no me sorprendia. Era el toque maestro de mi obra.

Hoy estoy encerrado en un manicomio. La suerte ha hecho que el más excepcional de los criminales se vea convertido á los ojos de todo el mundo en el más vulgar de los locos. Y sin embargo, en medio de tantas penalidades, me queda una satisfacción, satisfaccion intima, de que no puedo hacer partícipe á nadie, pero no por eso ménos legitima. El crimen se habia realizado con tanta habilidad que ni á mí mismo me es dado probarle.

ANGEL R. CHAVES



EL SUPPLICIO DE UNOS TÁNTALOS, cuadro por S. Dadd

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

VI

Penemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la mas importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. - *Ornamentacion*, 2 tomos. - *Escultura y Gliptica*, 1 tomo. - *Pintura y Grabado*, 1 tomo. - *Cerámica*, 1 tomo. - *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la coleccion completa de la obra de F. HOFENROTII, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON